

naciones costumbristas pudieran esas películas tan comentadas y aplaudidas, que recordan inequívocamente al cine español de siempre, sólo que con una inteligencia y una astucia bastante mayores (para algo son en muchos casos documentales de escuela). Su moderado éxito no hizo sospechar que en sus imágenes pudieran haber esos elementos tan propios de los mecanismos diseñados para establecer una conexión fácil. En ese sentido, puede decirse que *La línea recta* carece de trucos, y eso la hace distinta, necesaria. Hasta cierto punto, nos ayuda a lavar los ojos y a encontrar algo nuevo, esta vez de verdad. La película está cubierta por las huellas de una manera de entender el cine que no proviene de una tradición concreta, con un bagaje específico y unos objetivos claros. De ahí que sus resultados no admitan comparaciones firmes con Rosette Oden, 1960, Luc y Jean-Pierre Dardenne. Estamos ante una propuesta que tiene las ventajas y los inconvenientes de la libertad, convirtiéndose así en una película tan valiente y desesperada como abstracta e imperfecta.

Lejos de las citas

Al ver sus imágenes, estamos muy lejos de los paisajes descritos por la cinefília que vive de las citas, también estamos lejos de los diarios fílmicos y de los ejercicios de carácter confesional. Para sus responsables, como Juan Pedro Costa o Lisandro Alonso, el compromiso es un estado de ánimo, algo que no cabe decir o mostrar de una manera precisa aunque se pueda sugerir indirectamente, por acumulación o por elipsis. O intentando seguir a una joven de quien apenas vamos a saber nada, a no ser que un día abandona un trabajo nocturno en una gasolinera y al piso que comparte con otra mujer, para irse a vivir a una pensión y repartir publicidad por los buzones de una barriada periférica donde la gente actúa con recelo y sospecha, con desagrado.

No será yo quien niegue que *La línea recta* tiene algo de viaje a ninguna parte. Sus responsables posiblemente entendieron que faltar a sus protagonistas y dejar que se quejase no valdría de nada, de ahí que lo hagan caminar de forma incansable, a pesar del desánimo, de la frialdad glacial que la rodea, de la hostilidad que la aguarda cada jornada de trabajo... Ya sabemos que el mundo no se detiene jamás, y la película no se molesta en repetírnoslo, si acaso insinúa el posible estado de ánimo que arrastramos los seres humanos en nuestro avance, a lo largo de nuestras vidas.

Quizá por eso recordé, viendo la película de José María de Orbe, aquella frase con la que Paul Nizan comienza su novela *Ades Ades*: "Ya tenía veinte años; no permitiré a nadie decir que es la edad más bella de la vida".

